

ROGELIO PRETTO

Papa Egoró: un ideal al traste y ahora la opción realista

Hace unos cuantos años me preguntaron durante una entrevista lo que opinaba sobre Rubén Blades y sus aspiraciones presidenciales. Su ingreso a la arena política era noticia del momento en aquel entonces.

Dije que lo único que cuestionaba de Rubén era que no había definido con claridad aceptable su posición ante la dictadura. En tiempos en que las fuerzas antidemocráticas sofocaban el aliento de libertad en Panamá y los derechos humanos eran pisoteados sádicamente por Noriega y sus maleantes, se exigía de todos los que pretendíamos ejercer algún tipo de influencia sobre el destino político de nuestro país, un tácito pronunciamiento acerca de si estábamos a favor o en contra de la dictadura. Yo lo venía haciendo a través de mi pintura y con mis palabras desde los años de Torrijos.

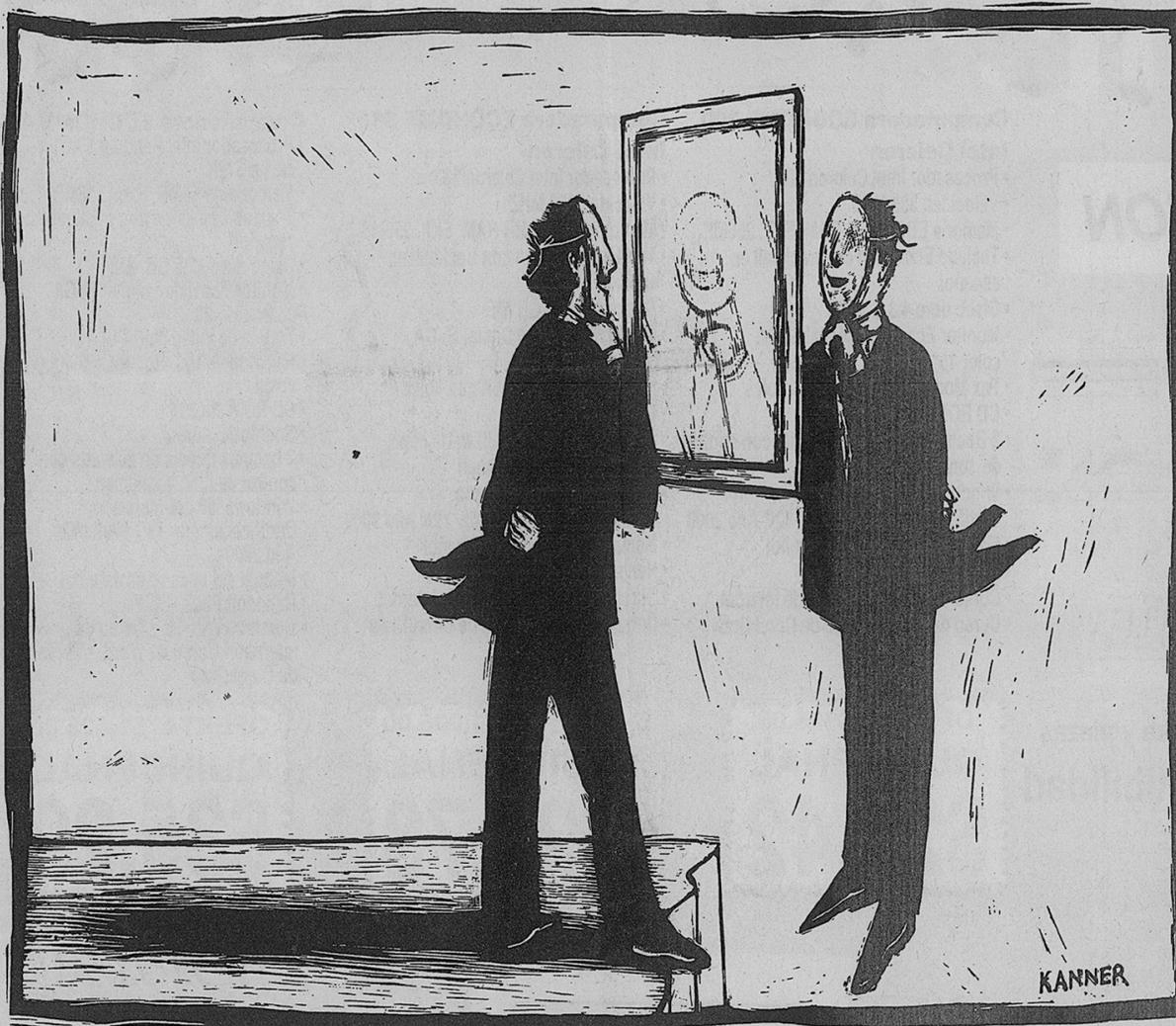
A mi parecer, así de blanco y negro estaba el asunto. La lucha por la supervivencia de nuestra vida democrática exigía ese extremo de definición en nuestros perfilamientos políticos. Lo bueno y lo malo se combatía por el alma de nuestra nación. No se admitía el término medio para los políticos, ni había campo para ambivalencias en sus inclinaciones ideológicas. La neutralidad de parte de quienes aspirábamos a orientar la conciencia política del país era inaceptable, pues no sería digno de respeto ante el tipo de crisis nacional que vivíamos. Rubén, a mi parecer, no había indicado una posición clara en el debate y eso me molestaba.

No obstante mis dudas sobre esta falta de carácter de Rubén en años pasados, sentía un atractivo singular por su causa. Al menos parecía que Rubén llegaba limpio al juego político, lleno de ambiciones y ansias de entregarse realmente a la tarea de servir honesta y honradamente a la Patria. Los peligros de su falta de madurez política y los esperados tropiezos que sufriría su movimiento si llegase a surgir, podrían manejarse y sobrelevarse al contar con el beneficio de la duda que le daría un pueblo asqueado de la dictadura y de la politiquería del pasado del que Rubén prometía no formar parte.

Indignado por los crímenes y asesinatos de la dictadura (que comenzaron con Omar), repugnado por la podrida y descañada ladronería del norieguismo, y desconfiado de los políticos deshonestos del partidismo tradicional, yo veía en el movimiento de Rubén tal vez una esperanza. Prometía ser un dirigente que podría ser inmune al virus infeccioso de la politiquería del pasado e incapaz de ser seducido por el malévolo llamado del soborno que, con eficacia política, empleaba la tiranía militar con los millones que le robaban al pueblo y succionaban de sus negocios ilícitos. Rubén podría ser el principio del cambio, me dije. Le di el voto de mi confianza, aunque era de esperarse que no iba a ganar. Pero al menos ofrecía una alternativa prometedora por quien votar.

Por supuesto, el dilema de votar por Rubén era que cualquier voto que se le daba a él le quitaba uno al grupo opositorista con mayores probabilidades de vencer al PRD. Una oposición dividida le garantizaba el triunfo al perredismo. Pero, me dije, si así ha de ganar el PRD, que gane, pues. El PRD arrastra consigo las bases torrijistas y norieguistas que vienen podridas de corrupción y manchadas de los crímenes y brutales asesinatos que cometieron.

Cuando ejerzan su poder, de seguro harán sus trastadas y así el pueblo al fin madurará lo suficiente para cerrarles las



puertas al poder de una vez por todas. Paguemos el precio de tener a estos pillos unos años más y, al final, habremos aprendido a discernir lo bueno de lo malo entre nosotros. Y como también habremos superado el estúpido fraccionamiento de la oposición, lo más probable es que, en los siguientes comicios, el movimiento de Rubén tendrá su buena oportunidad de ganar y así la posibilidad de encauzar al país por un buen sendero.

Bueno, Rubén jodió el paseo por lo visto. No supo ser político, ni líder. No fue la solución después de todo. Ahora, con su partido aliado a lo que representa lo más innoble entre nosotros, lo más aberrante de nuestra personalidad nacional, el ideal de Rubén pasa al traste y a la historia como otro desecho de la seudo promesa panameña.

Hoy día soy un poco más realista y pragmático en cuanto a la manera en que le doy empleo a mi voto. Me he dado cuenta de que no puedo depositar ingenuamente mi voto por alguien o algo, simplemente porque representa, o al menos dice representar, un noble ideal. El voto lo debo emplear de manera realista, y dárselo a la alternativa política que mejor conduzca hacia el camino de mis anhelos patrióticos: que Panamá prospere, que se haga más saludable que nunca para todos los que residen en ella, y que sirva de ejemplo para toda la humanidad (no necesariamente en ese orden). Y ¿qué deseo de sus gobernantes? Que sean honestos y que trabajen para mejorar el estado de toda la ciudadanía. No quiero más. Con eso me basta. El asunto

es que se avance hacia esos ideales.

La realidad, o las realidades políticas más bien, exige que para marchar hacia adelante, hacia algo mejor, a veces hay que optar por el menor de los males cuando no existe una alternativa más viable. Optar por lo menos dañino es, en sí, echar pa'lante. Así no se sufren retrasos agudos en la mejoría que uno busca para el país.

Hoy día reconozco que habernos resignado a tolerar cinco años del perredismo para darle el voto de confianza a Rubén en las elecciones pasadas fue un grave error. Ahora no podemos darnos el lujo de pensar que dar un paso hacia atrás garantiza dos de avance. Cada comicio electoral nos debe conducir firmemente hacia la meta, sin retrocesos. Y el precio de retroceder es muy caro. El PRD es el paso atrás, no cabe duda. Ya eso lo hemos visto.

Entonces, ¿qué hacemos? Al no haber una alternativa ideal (Vallarino no lo es) y sin poder contar con el ideal de Rubén, ¿por quién votamos? Mejor dicho, ¿por qué votamos? Hay que votar por una nómina que nos permita avanzar consistentemente hacia adelante aunque sea a poquitos. Y para lograr ese progreso hacia lo que buscamos nosotros los idealistas, no veo otra alternativa que la de Moscoso. ¡Huy, qué horror!, dirán algunos. No es para tanto. Optar por una coalición de oposición mediocre y poco ejemplar sería mejor que arriesgarnos a los efectos de un nuevo triunfo del perredismo, lo que aseguraría una oposición fragmentada.

Sería bueno que por más discordia que

haya entre las facciones de la oposición, por más falta de integridad política que visitan unos buenos cuantos de sus integrantes, pudieran dejar al lado sus egoísmos y encontraran en sus corazones la razón patriótica para unirse. Un imposible, ¿verdad? Yo opino igual. Pero el votante independiente no tiene que ser afectado por las inhabilidades de estos políticos egoístas. El votante independiente no tiene afiliación partidista y es libre de votar según su conciencia, como lo hago yo. Ese es el voto que cuenta. Ese es el voto que marcará el nuevo destino de la patria y merece ser un voto pensante y realista. En cuanto a mí, parto sabiendo que no quisiera que ganara el PRD.

Mi rechazo al PRD no es porque soy activista político de la oposición. Mis principios políticos y patrióticos son independientes al partidismo. Salvo un equivocado coqueteo momentáneo con el Panameñismo en mis años de juventud, nunca he militado ni me he suscrito en ningún partido. Tampoco he aspirado a puestos ni acomodos políticos de carácter comercial ni personal. Lo que siempre he creído y en ello sostengo mi criterio político es que soy capaz de reconocer el mejor sendero en que debe encaminarse el país. Y el PRD no es capaz de llevarlo a cabo. Regalarle al PRD otros cinco años más de poder solo porque la oposición está estúpidamente fragmentada violaría en lo más profundo la promesa que nos podría ofrecer un futuro libre de las garras inmisericordes de los principios fundamentalmente aberrantes del torrijismo.

Sería lamentable permitir nuevamente

que las agudas deficiencias que tienen nuestras leyes electorales le permitan al PRD otro periodo de mandato con una minoría de votos. Hay que prestarle el voto a la única fuerza capaz de anularles un posible triunfo, y ese voto, gústeme o no, tiene que ser para el grupo de Mireya Moscoso.

La unión de Moscoso no ofrece grandes soluciones a nuestros problemas, pero tampoco está del todo podrida. Eso nos ha de valer por ahora, pues es mucho menos ofensiva de lo que sería cinco años más de la amenaza perredista. No olvidemos que el PRD fue engendrado por personas malévolas y sadistas, criminales y ladrones, para quienes los mejores intereses de la patria eran la consigna del aprovechamiento de las riendas del poder para armarse de enriquecimientos restringidos. Ante el público esta gente hacía gala de su gran sentido nacionalista y populista y patriótico, pero sus actos cuentan otra historia. Durante el tiempo de nuestros tiranos, hermanos panameños —muchos inocentes y faltos de culpa, otros amigos verdaderos del pueblo como el padre Gallego— murieron brutalmente asesinados por ellos o sufrieron graves e inhumanos atropellos solo porque le entorpecían el camino de sus fechorías. Durante el tiempo de nuestros tiranos se engendraron enormes fortunas particulares, fortunas de las cuales aún gozan libremente un buen número de los miembros del PRD y sus falderos. Estas fortunas fueron extraídas sin piedad de las arcas nacionales que eran alimentadas con el sudor de todos los panameños y costeadas con la pérdida de nuestra libertad. Para algunos valientes que se quejaron en voz alta, el precio fue su vida. ¿Cómo se excusan estos hechos? ¿Cómo se olvidan? Yo nunca he podido hacerlo.

El que supone que el cáncer militarista que se propagó dentro del organismo del poder por tantos años, y cuyas células malignas dieron nacimiento al PRD, ya no existe entre las filas del partido, está queriendo tapar el sol con la mano. El cáncer de la corrupción corre aún por las venas del perredismo como un veneno hambriento al acecho. Y no se engañen, Martín Torrijos no es su antídoto. En mis entrañas, todos mis instintos, cada uno de mis principios y anhelos que me impulsan a desear que mi país camine al fin por el sendero del bien, me dicen que no debemos permitirle el triunfo al PRD, por más buena gente que aparente ser Martín Torrijos.

Lógicamente, la coalición de Moscoso no es la solución ideal, pero podremos, al menos, controlarle los abusos del poder que puede que manifieste. Es obvio que viene infiltrada de politiqueros dispuestos a aprovecharse del botín, pero el grado de sus malas intenciones no será incapacitante, ni mortal. Hay posibilidad de aplicarles frenos considerables. Lo haremos exigiéndoles responsabilidad, criticando, exponiendo sus abusos, y si mejoramos nuestro sistema de derecho, lo haremos enjuiciándolos y mandándolos a la cárcel.

Paso a paso se construye una buena patria. Ladrillo por ladrillo. Para las siguientes elecciones, habremos labrado un mejor camino para contar con mejores alternativas. Tal vez para entonces, personas íntegras de carácter como Bobby Eisenmann y otros y otras como él, sentirán que su tiempo ha llegado para liderarnos hacia una existencia nacional limpia y digna. Con el PRD en el poder otra vez, atrasaremos el asunto.

Qué error cometí en las últimas elecciones al votar por Rubén. Qué error cometería en esta ocasión si no votara por Moscoso. ■

(El autor es pintor)